

¿QUÉ ES EL MARXISMO?

VOLUMEN 1

Francisco Erice Sebares



Volumen 1

¿Qué es el marxismo?

por

FRANCISCO ERICE SEBARES

Profesor Titular de Historia Contemporanea
de la Universidad de Oviedo



Comité Federal
Secretaría de Formación

Estos materiales han sido editados para su distribución. La intención de los editores es que sean utilizados de la forma más amplia posible, adquiridos originales permitiendo así nuevas ediciones y, en caso de reproducción, esperamos se haga constar el título y la autoría de la edición

Edita:

Partido Comunista de España

Secretaría de Formación

correo-e: formacion.debate@pce.es

C/ Olimpo 35, 28043, Madrid

Página web: www.pce.es

Maquetación: Secretaría de Comunicación / PCE

Realización audiovisual: Carlos González Penalva

Primera edición: julio 2012 [3000 ejemplares]

Segunda edición: noviembre 2013 [1000 ejemplares]

ISBN: 978-84-87098-57-4

Depósito legal: M-31782-2013



En la unidad está la fuerza
Hugo Gellert (1892-1895)

PARA VER ESTE VÍDEO

To see this video

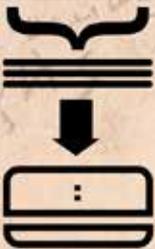


¿Qué es el marxismo?

Francisco Erice

Duración: 04'57"

<http://youtu.be/ScIvFSCpos>



De omnibus dubitandum
[*De todo se debe dudar*]

Lema favorito de Marx

Orígenes del socialismo y el comunismo modernos.

El socialismo y el comunismo tienen ya una larga historia, casi tanta como la reflexión sobre los males y las injusticias sociales. Pero, aunque puedan citarse muchos pensadores que soñaron o que imaginaron una sociedad de bases colectivistas más o menos ideal, el moderno pensamiento emancipador surge y se consolida en el siglo XIX, gracias a la obra de Marx y Engels y de los llamados *socialistas utópicos*.

Para comprender el brote de este pensamiento crítico, hay que recurrir a lo que se ha denominado la *doble revolución*. Por un lado, debe mencionarse el movimiento político y social iniciado en Francia en 1789, punto de partida de una serie de revoluciones liberales que, como las de 1830 y 1848, despejan el camino a la sociedad burguesa o capitalista. Por otro lado, estaría la Revolución industrial, iniciada en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XVIII y expandida luego a otros países, con la aplicación masiva de la máquina a la producción y la difusión de la economía de **mercado**, que sentaba las bases del sistema capitalista y transformaba la sociedad, provocando, entre otras cosas, el nacimiento de la moderna clase obrera.

En el transcurso de las revoluciones liberales, dirigidas y hegemonizadas por la naciente burguesía, se manifestó ya el protagonismo de los sectores populares e incluso, en algún caso, de una incipiente clase obrera, planteando aspiraciones que iban más allá de los intereses de la burguesía y pretendiendo aplicar de manera distinta y más profunda los ideales de la Revolución francesa (“libertad, igualdad, fraternidad”). La Revolución

industrial, por su parte, facilitó el aumento del poder económico de la burguesía, la acumulación de la propiedad en sus manos y el despojo de los campesinos y pequeños productores independientes, generando una situación de miseria y desigualdad extremas que suscitó la protesta incluso de muchos filántropos que, sin cuestionar globalmente el orden capitalista, consideraban peligrosos o negativos algunos de sus defectos más sangrantes.

Inmersos en el mundo convulso fruto de esta *doble revolución* y alimentados con las corrientes intelectuales más importantes de su época, Marx y Engels formularon las teorías que han servido de base a la mayor parte de los procesos revolucionarios contemporáneos y en las que sigue sustentándose lo esencial del ideario comunista. Karl Marx (1818-1883) fue el inspirador fundamental de la nueva filosofía o teoría, el elaborador sagaz de la crítica a la Economía capitalista y el formulador de las tesis esenciales de una nueva visión de la historia (el materialismo histórico); fue también un tenaz militante que participó en algunos de los principales movimientos revolucionarios de su tiempo, entre ellos la Asociación Internacional de Trabajadores (1864-1876), luego conocida como Primera Internacional. Friedrich Engels (1820-1895), compañero inseparable de Marx, colaboró con éste en su trabajo intelectual, divulgó gran parte de sus hallazgos y dedicó una atención especial a los desarrollos filosóficos y científicos de su tiempo, criticándolos o incorporándolos a la nueva construcción teórica. Juntos definieron lo que denominaron (sobre todo Engels) *socialismo científico*, contraponiéndolo al denominado *socialismo utópico*.

Los llamados *socialistas utópicos* eran un conjunto de pensadores y reformadores (Owen, Saint-Simon, Fourier, etc.) críticos con la sociedad de su época, que analizaron –a veces con agudeza, otras con ingenuidad– los efectos del naciente capitalismo y propusieron algunos cambios para mitigar los males que provocaba. Sus críticas solían estar impregnadas ante todo de indignación moral, y consideraban que la so-

ciudad debía mejorarse mediante el convencimiento de todos (incluidas las clases dominantes), a través de la educación, la asociación cooperativa o la constitución de pequeñas comunidades (como los *falansterios* de Fourier) que sirvieran de modelo y estímulo a una transformación más general.

En relación con estos *socialistas románticos*, la actitud de Marx y Engels no consistió en ignorarlos o menospreciarlos. Es verdad que –como señalaba Engels– sus proyectos quiméricos a veces parecían “mover a risa”, pero también suscitaban admiración “los geniales gérmenes de ideas y las ideas geniales que brotan por todas partes bajo esa envoltura de fantasía”. De hecho, Marx y Engels incorporaron muchas de sus aportaciones críticas, si bien rechazaron su tendencia a elaborar **utopías** al margen de la evolución histórica real, su moralismo ingenuo y su creencia en que era posible transformar la sociedad pacífica y armónicamente. Por el contrario, ellos pensaban que la revolución (no las simples reformas) era el único camino realista y eficaz; que había que insertar el proyecto socialista o comunista futuro en las contradicciones reales y las tendencias históricas de desarrollo del capitalismo; y que era necesario identificar y precisar qué sector o grupo social (**sujeto revolucionario**) debía encabezar y llevar a cabo la transformación social, ya que pensar que podía hacerlo toda la sociedad era una pura ilusión. Ellos concluyeron que ese sujeto era el proletariado, y que a la armonía social imposible que concebían los utópicos había que contraponerle la *lucha de clases* generada por la explotación y las contradicciones del sistema. Por esa razón (necesidad de analizar la realidad para transformarla y de establecer una estrategia basada en el protagonismo de la clase obrera), los fundadores del marxismo se plantearon distinguir sus posiciones de las de sus predecesores. Es este motivo el que les llevó a autodenominar su posición teórica *socialismo científico*, y no la pretensión, desgraciadamente albergada por algunos seguidores posteriores, de poseer ninguna verdad absoluta o de ostentar el monopolio del rigor en sus análisis.

Teoría y práctica en el marxismo.

El pensamiento marxista se presenta estrechamente vinculado a la acción revolucionaria. Pretende enraizarse en la realidad histórica y social, y de hecho no puede explicarse su desarrollo al margen de la lucha política real. Esto es evidente en el caso de Marx y Engels, que militaron en pequeños grupos organizados (como la Liga de los Comunistas) en la década de 1840, participaron activamente en las revoluciones de 1848 y luego, desde los años 60, desempeñaron un papel dirigente fundamental en la Asociación Internacional de Trabajadores; finalmente -en especial Engels que vivió unos años más-, vieron nacer los primeros partidos socialistas nacionales, contribuyendo a su desarrollo y también (como hizo Marx en su *Crítica del Programa de Gotha*) intentando orientarlos frente a lo que consideraron sus errores. Lo mismo puede decirse de las generaciones sucesivas de marxistas, empezando por la de Lenin o Rosa Luxemburgo, cuyos textos teóricos están enfocados de manera directa a la lucha política. Eso no significa que el marxismo desdeñe las complejidades del pensamiento o la necesidad de la elaboración teórica, sino todo lo contrario. Las deformaciones que se orientan en esa dirección tienen nombres muy determinados en la tradición marxista: *activismo*, *voluntarismo* o *izquierdismo*.

Sin caer en estas simplificaciones, el pensamiento materialista de Marx es, en todo caso, inseparable de la *praxis* revolucionaria. Primero porque, como se ha señalado, frente a posiciones moralistas y *utópicas*, los marxistas siempre han considerado que el análisis de la realidad resulta esencial para su transformación (“sin teoría revolucionaria –decía Lenin- no hay práctica revolucionaria”). Pero, además, porque el pensamiento marxista nace con voluntad de romper con la visión abstracta y especulativa de la filosofía al margen de los conflictos del mundo real. Ése es el sentido de las afirmaciones de Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach* (“los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*”) y no el rechazo de la teoría como tal, que estaría en contradicción con lo que fue la gran labor de su vida: profundizar en

el conocimiento de los mecanismos que rigen la vida social y especialmente la sociedad capitalista y sus contradicciones.

Estas consideraciones nos remiten, en todo caso, a las peculiares relaciones existentes, dentro del marxismo, entre teoría y *praxis*, y a la concepción de la *praxis* como criterio de verdad. Un *praxismo radical*, desde luego, puede conducir a serios problemas cuando se trata de interpretar rigurosamente la historia o la sociedad según los parámetros teóricos del marxismo. Así lo plantea el filósofo Manuel Cruz:

“El inevitable *recorte crítico previo* que todo conocimiento lleva a cabo sobre lo real puede mutar en una exclusión inaceptable de una parte de lo existente si la complejidad –necesaria para pensar el movimiento de la historia- no queda reflejada en el discurso. Otra variante de este mismo efecto se produce cuando aquellos enfoques que asumen su condición de parciales e interesados, por ejemplo, porque reivindican un punto de vista de clase, precipitan la discusión sobre los fines. Actuando así, operan como auténticos obstáculos para el conocimiento. La exhortación a pasar a la acción también puede representar una forma de huida de la realidad” [M. Cruz, *Filosofía de la historia. El debate sobre el historicismo y otros problemas*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 24].

El marxismo, una teoría revolucionaria en permanente cambio.

El marxismo constituye un legado teórico de enorme valor, teniendo en cuenta la variedad y riqueza de análisis que se encuentran en sus fundadores y la diversidad de aportaciones de las siguientes generaciones marxistas. En cada época, el marxismo más creativo o menos dogmático ha procurado incorporar los desarrollos intelectuales más dinámicos y renovadores y las enseñanzas de las nuevas experiencias políticas, siguiendo el tantas veces citado consejo de Lenin: “no tener en cuenta las condiciones modificadas y quedarse con las viejas soluciones marxistas significa ser fiel

a la letra y no al espíritu de la doctrina y repetir de carrerilla viejas deducciones sin saber sacar provecho de la nueva situación política”. El filósofo marxista catalán Manuel Sacristán resumía en su doble componente, materialista y dialéctico, la *concepción del mundo* marxista, que es -afirmaba- “el intento de formular conscientemente las implicaciones, los supuestos y las consecuencias del esfuerzo por crear una sociedad y una cultura comunistas”; pero estos supuestos e implicaciones particulares –añadía- se van modificando “según el horizonte intelectual de cada época”. La capacidad de innovar sobre la base del legado marxista, sin renunciar a él ni refugiarse cómodamente en las certezas adquiridas, incorporando en cada momento los problemas nuevos, ha sido la base de los mejores desarrollos del marxismo.

Debemos aceptar que como señala el historiador marxista Eric Hobsbawm, la tradición que Marx inaugura y que continúa hasta el presente es una “unidad en la diversidad”, de forma parecida a lo que afirmaba el pensador también marxista y traductor de *El Capital* Wenceslao Roces:

“Se dice que hay muchos ‘marxismos’. A mí me parece que hay solamente uno, que es el que descansa sobre los fundamentos establecidos por Marx. Pero el marxismo, que trata de captar- y esa es su fuerza- la vida misma en toda su infinita complejidad y en su incesante cambio, no puede, en sus proyecciones, permanecer inmutable, porque forma parte de la realidad captada por él. El mundo ha cambiado mucho desde que Marx, el 14 de marzo de 1883, se quedó dormido para siempre junto a su mesa de trabajo. Y ha cambiado mucho, sobre todo, gracias a las fuerzas descubiertas por él y a las que su teoría infundió conciencia y combatividad” [W. Roces, “Prólogo” a *Obras fundamentales de Marx y Engels*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, t. I, p. XXI].

Esta *unidad* no significa que, en la obra ingente de Marx y Engels (por no mencionar los múltiples añadidos de marxistas posteriores) no se encuentren muchos componentes que puedan ser diferenciados y valorados de manera distinta, al margen de que se hallen evidentemente relacionados

unos con otros. Ello nos permite aquilatar, sin merma de la fidelidad al legado general, qué parte de la herencia marxista debemos preservar y qué aspectos deben ser desechados o reformulados.

Marx nunca elaboró un cuerpo de doctrina completo y acabado; la codificación de sus ideas en forma de *sistema* se produce ya tras su muerte, en el período de la Segunda Internacional. Además, el desarrollo posterior de las teorías que parten de Marx ha dado lugar a una multiplicidad de tendencias y orientaciones, a veces contradictorias entre sí, tanto en lo referente a la interpretación de los textos de los *padres fundadores* (Marx y Engels), como en el análisis de nuevos problemas que aquéllos no habían abordado en su tiempo o lo hicieron de forma insuficiente, por no considerarlos prioritarios o de interés, o porque surgen de necesidades teóricas o políticas posteriores (por ejemplo la *cuestión nacional*, el imperialismo, el *Estado del bienestar*, el papel de los medios de comunicación de masas, etc., etc.). Esta diversidad se acentúa si tenemos en cuenta que, además de una construcción intelectual, el marxismo está especialmente ligado (tal vez más que cualquier otra teoría), a un conjunto asimismo diverso de movimientos políticos y sociales. Es difícil, por consiguiente, en el caso que nos ocupa, separar, para bien o para mal, el desarrollo de las doctrinas del que experimentan los movimientos inspirados en ellas. Las ideas no pueden ser entendidas –tampoco las marxistas– si no es en el contexto histórico de su tiempo, aunque se inserten además en una tradición de pensamiento cuyos fundamentos van reelaborándose en relación con los problemas del presente.

Del mismo modo que Marx y Engels construyeron sus teorías tomando algunos elementos (y desechando y criticando otros) de la filosofía de **Hegel**, los economistas *clásicos* (**Adam Smith**, **David Ricardo**) o los *socialistas utópicos*, los marxistas posteriores, obligados a enfrentarse con realidades nuevas o a poner al día algunas ideas de Marx, polemizaron críticamente con otras corrientes e incorporaron también avances y planteamientos de las mismas. Esto ha dado lugar, en ocasión, a combinaciones tan complejas

que el componente marxista aparece, en muchos casos, diluido, e incluso resulta difícilmente reconocible.

La mezcla se produjo ya desde los orígenes del marxismo como *sistema*, por ejemplo con el **positivismo** o el **neokantismo**, dos corrientes de pensamiento muy influyentes en las décadas finales del siglo XIX. Pero la mixtura ha sido especialmente intensa en etapas más recientes, cuando a la influencia que el marxismo ejerció en las diversas ciencias sociales (desde los años 60 especialmente), se añaden los efectos de la disgregación y la crisis política y teórica de los proyectos emancipadores de él derivados. El sociólogo del trabajo británico P. K. Edwards lo comentaba, hace más de dos décadas, con estas palabras:

“Es conocida la dificultad de saber qué es lo que constituye el marxismo, dificultad que ha aumentado notablemente con el crecimiento de las teorías marxistas y de tendencia marxista. No sólo existen diferencias entre los marxistas, sino que hay también cuestiones referentes a los criterios básicos que permiten que una teoría pueda ser identificada como marxista. Algunas teorías en nuevos campos de la literatura marxista, como la referida al papel del Estado, han tratado de responder a ciertas críticas convencionales del marxismo, con el resultado de que han dejado de ser marxistas en todo menos en el nombre (...). Análogamente, en el campo de las relaciones de trabajo, hay explicaciones ‘marxistas’ que abandonan los axiomas fundamentales del marxismo” [K. P. Edwards, *El conflicto en el trabajo. Un análisis materialista de las relaciones laborales en la empresa*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986, pp. 78-79].

En la actualidad, no es infrecuente que los científicos sociales que se reivindicaban marxistas se vean obligados a definir su posición específica dentro de una gama de corrientes, líneas interpretativas o formas distintas de entender el marxismo. Así sucede entre los historiadores, los sociólogos especialistas en teoría de las clases, los economistas o los politólogos. Abundan también los intentos de amalgamar marxismo con algunas teo-

rías inspiradoras de los llamados nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo...), con algunos resultados interesantes, pero confundiendo en ocasiones la necesaria convergencia en la práctica y la movilización social con una coincidencia en los análisis bastante más discutible y problemática.

Por todo lo dicho, parece que lo más prudente sería tal vez hablar de marxismos, más que de marxismo, sin que tenga sentido *a priori* decir cuál es más *verdadero* (o *verdaderamente marxista*) que los demás, aunque sin duda constituye un ejercicio legítimo cotejar textos posteriores con los de Marx o Engels, por ejemplo, para ver sus coincidencias o discrepancias. Pero incluso el plural (marxismos) sugiere que, pese a las variantes, hay elementos que nos remiten a un tronco común.

¿Cuál podría ser ese acervo compartido? No es fácil de precisar. Para muchos socialistas de fines del siglo XIX, se reducía a lo que consideraban la *trinidad* del pensamiento marxista: la concepción materialista de la historia, la teoría del valor y la lucha de clases. Para el joven Lukács (el conocido filósofo marxista húngaro), lo esencial no son los desarrollos concretos de las teorías de Marx, sino el *método*, la dialéctica. En términos generales, a propósito de dónde pudiera situarse ese *tronco* compartido (sin excluir luego las diversidades), hay al menos dos posibles formas de plantearlo:

a) Identificar el marxismo de manera exclusiva o casi exclusiva con los contenidos de las obras de Marx o, todo lo más, con los escritos de Marx y Engels. Esto tiene la ventaja de evitar la confusión que pudieran haber introducido interpretaciones ulteriores, pero también el inconveniente de soslayar las contribuciones de las generaciones posteriores al desarrollo de sus ideas, empobreciendo la historia de esta tradición teórica y presentándola casi como un vestigio arqueológico o los restos de un pasado ya muerto.

b) Entender el marxismo incluyendo los múltiples desarrollos, desde Marx y Engels hasta la actualidad, que se reivindican de esta corriente

o que pueden considerarse más o menos fieles a ella o inspirados en la misma. Aunque parece evidente que la historia del marxismo no ha producido hasta ahora un pensador de la talla de Marx, sería injusto desdeñar muchas de las elaboraciones de sus seguidores. Partimos de la idea de que la historia del marxismo, así entendido, dista de haber concluido, y más si tenemos en cuenta la doble dimensión, teórica y política, que posee.

Unidad y diversidad de la obra de Marx.

Establecer una estricta equivalencia entre marxismo y obra de Marx no solucionaría del todo, aunque pueda parecerlo, los problemas de delimitación e identificación que se plantean. Esto es así, en gran medida, porque la obra de Marx, como la de otros muchos autores, es un conjunto de escritos y textos de diferente rango y nivel de maduración, con planteamientos que a veces van cambiando a medida que los acontecimientos también lo hacen –muchos textos de Marx fueron considerados por él como meramente preparatorios-, o cuando la misma evolución de los conocimientos científicos (antropológicos, históricos, etc.) lo requiere. Piénsese por ejemplo en sus ideas sobre las etapas históricas y la sucesión de los modos de producción o en su teoría del Estado, en proceso de elaboración a lo largo de su vida. El problema es que, como se ha señalado, Marx “no fue ni un filósofo sistemático, ni un economista que se dedicara sólo al análisis, ni un sociólogo que pretendiera diferenciar los hechos sociológicos de otros ámbitos próximos (...), ni tampoco un político en el sentido habitual de la palabra”; es más bien un *clásico interdisciplinar*, susceptible de interpretaciones diversas. En opinión de Fernández Buey, a Marx en el siglo XXI “se le leerá como se lee a un clásico”, cuya obra “está llena de contradicciones y paradojas”, y de metáforas que a veces se han vuelto en su contra. Como señalan los *marxólogos* Resnick y Wolf, hay muchas *lecturas* factibles de Marx, sin que sea posible o resulte necesariamente fundamental saber cuál es la más fiel:

“...La ingenuidad epistemológica que supone imaginarse que cualquier texto habla de forma unívoca, y que nos ofrece algún tipo de patrón de la verdadera interpretación, no debe ser tomada en serio. Marx puede ser, ha sido, será y deberá ser leído y comprendido de forma distinta por lectores que aporten diferentes formaciones teóricas al proceso infinitamente variable de la interacción con el texto” [S. A. Resnick y R. D. Wolf, “Soluciones y problemas”, en Varios autores, *Repensar a Marx*, Madrid, Revolución, 1988, p. 41].

Además de resaltar la diversidad de la obra marxiana, es bastante frecuente distinguir la existencia de *dos Marx* o de una dualidad en su pensamiento, que obligaría –según quienes defienden estas tesis- a optar preferentemente por *uno* de ellos a la hora de reclamar o asumir su herencia. Lo que sucede es que la diferenciación de esos *dos Marx* se ha hecho desde criterios distintos.

Así, Immanuel Wallerstein, el sociólogo neomarxista norteamericano, diferencia un Marx *universalista*, con una noción clara de *progreso* y una concepción histórica fundamentalmente lineal; y un Marx –que es el que él reivindica- de la *historia compleja y sinuosa*, de la multiplicidad de las relaciones sociales, la especificidad de los sistemas históricos y la no existencia de leyes universales. Otros autores, generalmente filósofos o científicos sociales no vinculados directamente a la lucha política en el campo marxista, intentan rescatar la herencia teórica de Marx (o una parte de ella) separándola de sus propuestas políticas o su *programa* comunista, al que a menudo consideran que deforma a la primera. Es el caso del antropólogo Marvin Harris, el creador del denominado *materialismo cultural*, reivindicando un Marx despojado de la dialéctica de origen hegeliano y de su ideología revolucionaria, y rechazando “la insistencia marxista en la unidad de la teoría y la práctica” como una amenaza implícita “contra la norma más fundamental del método científico, a saber: la obligación de exponer los datos honestamente”. Desde la Economía, Joseph Schumpeter distinguía el Marx “profeta” –que rechaza- del sociólogo y economista.

Jon Elster, uno de los llamados *marxistas analíticos* actuales, distingue en Marx una “teoría empírica de la historia” y una “filosofía especulativa de la historia”. Y el filósofo Gustavo Bueno, a su vez, diferencia la *parte histórica* del marxismo (el materialismo histórico) y la *parte metahistórica o programática*, entre las cuales habría relaciones de *realimentación* mutua; la segunda no se deriva por simple deducción de la primera -que no es una mera construcción ideológica al servicio de fines prácticos-, pues también moldea en cierto modo el material histórico.

Una de las distinciones entre los *dos Marx* que ha alcanzado más resonancia es sin duda la que ha intentado diferenciar al *Marx joven* y al *Marx maduro*. Las más conocidas de estas tesis son las de Althusser, el marxista-estructuralista francés de la segunda mitad del siglo XX, que ha defendido la ruptura entre una y otra etapa, siendo la segunda aquélla en la que Marx define su perspectiva propia y genuina, tras superar su *humanismo* juvenil. Para Althusser, las obras de Marx hasta 1845 configuran el período aún *ideológico*, abriéndose el *científico* a partir de ese momento, con un *corte epistemológico* que da lugar a la creación de una ciencia (materialismo histórico) y una nueva filosofía (materialismo dialéctico). Las obras de *juventud* (hasta 1844) darían paso a las de *ruptura* (*Tesis sobre Feuerbach* y *La Ideología Alemana*), seguidas de las de *maduración* (1847-1858) y las de *madurez* (desde 1858).

La diferenciación althusseriana entre un *Marx joven* y otro *maduro* resulta sugestiva, pero el *Marx maduro* que nos ofrece, al que se presenta *purificado* de elementos juveniles, no se parece del todo al que realmente existió. La separación entre las dos etapas, salvo si se plantea en términos de énfasis, subrayado o desplazamiento de preocupaciones inmediatas (pero no de concepciones de fondo), resulta difícilmente defendible. Es imposible *depurar* a Marx de Hegel, al *Marx maduro* del juvenil. Otra cosa es discutir, como se ha hecho, si en sus últimos años, al hilo de sus reflexiones sobre Rusia o sobre Irlanda y de sus contactos con los **populistas** rusos, Marx habría replanteado parcialmente -pero sin abandonar

sus preocupaciones juveniles- algunos aspectos de su visión anterior, por ejemplo prestando mayor atención al *desarrollo desigual* de los procesos históricos o al papel de los países atrasados en la futura revolución; es lo que algunos han llamado el *Marx tardío*, del que tendremos ocasión de hablar a propósito de su concepción de la historia o su teoría política.

De hecho, una clara continuidad con respecto a sus obras de juventud puede rastrearse sin dificultad en textos de *El Capital* (por ejemplo en las tesis sobre el *fetichismo de la mercancía*, en el libro I, que evoca muchos de sus planteamientos juveniles sobre la *alienación*). Y se demuestra sobremedida en los manuscritos de 1857-58 preparatorios de la Crítica a la Economía política (los conocidos como *Grundrisse*), publicados por primera vez en Moscú en 1939-1941. La importancia de este texto ha sido subrayada por muchos estudiosos del marxismo, para demostrar que las preocupaciones filosóficas e intelectuales del Marx joven le acompañan toda su vida, aunque en su madurez se especialice más en los temas económicos. Un buen conocedor de la obra de Marx, David Mc Lellan, ha recalcado la continuidad entre los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844 y los *Grundrisse* en temas como la alienación, la relación del hombre con la naturaleza, etc.; Mac Lellan nos recuerda también que Marx, en 1857, releyó la *Lógica* de Hegel, al que consideraba “la última palabra de la filosofía”, por más que reprobara el aspecto místico de su dialéctica, y observa cómo los pasajes de los *Grundrisse*

“muestran con suficiente claridad que lo que parecen ser doctrinas puramente económicas (tales como la teoría del valor trabajo) no son doctrinas económicas en el sentido en que Keynes o Schumpeter las entenderían”. Inevitablemente, pues, considerar a Marx justo sólo como uno entre los varios economistas es falsificar y malentender un tanto sus intenciones. Pues, como el propio Marx proclamó ya en 1844, economía y ética estaban inextricablemente ligadas” [D. MacLellan, *Karl Marx: su vida y sus ideas*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 351].

En cualquiera de los casos, identificar simplemente el marxismo con el pensamiento de Marx implica ignorar toda una serie de tradiciones intelectuales posteriores que se reivindican continuación (más o menos ortodoxa, más o menos crítica) de la suya, y que han contribuido a aportar al materialismo histórico su capacidad de influencia en las ciencias sociales y en el pensamiento contemporáneo. Aun siendo una opción legítima, utilizar el rótulo identificativo de marxismo sólo para las aportaciones de Marx empobrecería la perspectiva de nuestros análisis; o bien incurriría, de forma más o menos inconsciente, en la reducción del marxismo a una mera reliquia o a un cuerpo de pensamiento autosuficiente, formulado de una vez por todas o con unos textos *canónicos* susceptibles de ser sometidos, todo lo más, a exégesis o interpretación, pero en los que ya se contendrían las verdades esenciales de manera permanente.

Marx y Engels: ¿coincidencias o discrepancias?

La idea de que *el* Marxismo equivale al conjunto de la obra de Marx y Engels no cambia el sentido general de la identificación anterior (Marxismo = obra de Marx), puesto que lo que sugiere es, en definitiva, una estrechísima afinidad (casi identidad) entre los planteamientos de ambos. Semejante supuesto es importante para la valoración de la Filosofía *marxista*, puesto que Engels es el creador fundamental del llamado Materialismo dialéctico, y añadió –según opinión frecuente– un cierto sesgo positivista (o *cientifista*) a la obra de Marx.

El debate en el seno del marxismo acerca de la aportación de Engels ha oscilado entre, por un lado, la equiparación de su obra con la de Marx, si bien de manera en cierta forma subordinada (Marx sería *el genio* y Engels si acaso *un hombre de talento*, parafraseando al propio Engels); y por otro lado, un cierto rechazo a determinadas aportaciones engelsianas. La primera postura es la de los teóricos y dirigentes más reputados de la Segunda Internacional (Kautsky, Plejanov, Adler) y de la *ortodoxia* de la Tercera.

En general, el prestigio de Engels se mantuvo indiscutido desde la muerte de Marx hasta 1914 (hasta la I Guerra mundial); las críticas llegaron más tarde. El rechazo, sobre todo a la *dialéctica de la naturaleza* esbozada por Engels, como ajena al espíritu de Marx, se encuentra por ejemplo en Lukács, Korsch o Sartre.

No parece que pueda dudarse de cierta tendencia a la simplificación de las ideas de Marx en las divulgaciones de Engels, tal vez por razones de didactismo, o por el superior esfuerzo de complejizar el análisis que caracteriza los métodos de trabajo de Marx. Esta simplificación habría sido parcialmente responsable, para lo bueno y para lo malo, de la conversión del marxismo en la teoría inspiradora del movimiento socialista de fines del siglo XIX. Engels cumple, pues, un papel fundamental en la transformación del marxismo en *sistema*, con obras como el *Anti-Dühring* y *Del socialismo utópico al socialismo científico*, respaldadas además por la autoridad moral que le otorgaba ser el compañero inseparable y colaborador directo de Marx, así como el albacea de su obra inconclusa (como los libros II y III de *El Capital*).

Desde luego Engels estaba muy influenciado por ideas **positivistas** y darwinistas (**evolucionistas**), tendiendo a subrayar el carácter *científico* del marxismo. Su *dialéctica de la naturaleza* no aparece en Marx; de hecho, Engels tenía tal vez una concepción algo distinta y más primitiva de la dialéctica, y tendía a ver la historia en términos de *historia natural*, acentuando en cierto modo el elemento más *determinista* del marxismo. Por el contrario Marx, pese a su admiración por Darwin (a quien llegó a ofrecer dedicarle *El Capital*), a la famosa observación de Engels en su discurso fúnebre (“así como Darwin ha descubierto la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, así Marx ha descubierto la ley del desarrollo de la historia humana”)... y pese a algunos párrafos equívocos de *La Ideología Alemana*, destaca, más que por una perspectiva *naturalista*, por una óptica más antropocéntrica que conserva desde su juventud.

En todo caso, puede argumentarse que, como afirmaba el neomarxista americano P. Sweezy, las diferencias entre Marx y Engels radican principalmente en “cuestiones de énfasis y de formulación”, y que Marx aprobó algunas obras de Engels consideradas *problemáticas* por algunos marxistas posteriores. Marx apoyaba la tarea divulgativa a la que Engels se entregaba, aunque él siguiera por su parte enfrascado en más arduos trabajos de investigación teórica. Marx y Engels tenían ritmos y sistemas de trabajo distintos. El primero era más concienzudo y exasperantemente lento; Engels escribía rápido, de manera muy lúcida y estaba muy obsesionado por la divulgación popular de las ideas de Marx. Entre ambos había una cierta división del trabajo, y Marx nunca criticó, por ejemplo, el *Anti-Dühring*, que además supervisó personalmente. Y, por encima de diferencias circunstanciales, lo esencial de su proyecto político-ideológico era plenamente compartido.

Las fuentes o partes integrantes del marxismo.

Como es evidente, Marx y Engels no partían de cero al elaborar su concepción de la historia, su análisis del capitalismo y su proyecto político revolucionario. De hecho, fueron capaces de utilizar algunos de los elementos más relevantes del pensamiento de su época e integrarlos en una síntesis coherente. En 1913, con motivo del 30° aniversario de la muerte de Marx, Lenin presentó un esquema, que luego se ha hecho célebre, de lo que denominó “Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo”. Esos tres componentes son, según Lenin, la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés. Y aunque las influencias en Marx y Engels son mucho más amplias y diversas, puede admitirse que estos tres ingredientes son, sin duda, esenciales.

Un primer elemento fundamental del marxismo es, pues, su base filosófica materialista, a la que Marx y Engels añadirán el *método dialéctico*, tomado sobre todo del filósofo alemán Hegel. De esta concepción se de-

PARA VER ESTE VÍDEO

To see this video

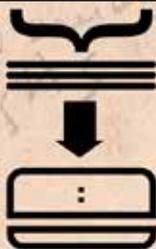


El marxismo de la IIª y IIIª Internacional

Francisco Erice

Duración: 04'40"

<http://youtu.be/vY7gbWh5xk>



riva, entre otras cosas, su visión de la historia, más conocida como materialismo histórico. El materialismo marxista concibe la realidad al margen de especulaciones religiosas, aspira a una comprensión de la misma acorde con los desarrollos científicos y pretende analizar el mundo como producto de la acción humana.

Si la explicación materialista y dialéctica nos ayuda a comprender el pasado y las formas de desarrollo de las sociedades, el análisis del presente lo desarrollan Marx y Engels con ayuda sobre todo de la Economía política clásica. Marx pensaba que la economía era la clave para entender la sociedad capitalista de la época (“la economía –afirmaba- es la anatomía de la sociedad burguesa”). En el análisis del naciente capitalismo, los economistas *clásicos* fueron capaces de comprender elementos cruciales de su funcionamiento, concebir la economía como una realidad dinámica y cambiante y suministrar las bases para la construcción de los conceptos fundamentales de la teoría marxista (teorías del valor-trabajo o la plusvalía, por ejemplo). Marx, especialmente en *El Capital*, utilizó estos avances y los integró de forma creativa en su propia visión, criticando a la vez otros elementos y sobre todo la idea, propia de estos economistas burgueses, de que las nuevas realidades estaban destinadas a ser *eternas* (y no transitorias) porque respondían a las leyes de la naturaleza y no a la evolución histórica. Por el contrario, Marx consideraba que el capitalismo ni iba a perdurar siempre ni representaba el final de la historia, afirmando que, al decir lo contrario, los economistas liberales en realidad se dedicaban simplemente a hacer la apología del capitalismo. Todavía en nuestros días, los economistas *neoliberales* afirman, como sus predecesores, que las leyes de la Economía, regulada automáticamente por el *mercado*, son *naturales* y que toda intervención en ellas es negativa; y además consideran que la Economía como ciencia es *neutral* y no relacionada con intereses de clase o particulares, al contrario de lo que plantea el marxismo.

El tercer componente del pensamiento de Marx, después de asentar su visión del pasado y su análisis del presente, tiene que ver con la perspec-

tiva futura de una sociedad emancipada. Aquí la influencia fundamental recibida es la de los socialistas de su época (los *utópicos*). Recogiendo y depurando su crítica del capitalismo, los fundadores del llamado *socialismo científico* subrayaron además el papel de la lucha de clases como factor de la transformación. Como herederos de estos pensadores, aunque muy críticos con algunos de sus planteamientos, se consideraron genéricamente *socialistas* (es decir, defensores de un sistema contrapuesto al capitalismo), aunque pronto prefirieron el término *comunistas*, que era el que usaban los sectores más combativos y más próximos a la lucha del proletariado dentro de estos movimientos, mientras que los *socialistas* eran, por entonces, los más reformistas y alejados de la lucha de clases.

La Segunda Internacional y el nacimiento del marxismo.

Marx y Engels elaboraron su obra en el periodo de expansión de la Revolución industrial, el dominio del **capitalismo liberal**, el triunfo de las revoluciones burguesas y la implantación de los sistemas políticos liberales. Sólo vivieron personalmente una revolución (la de 1848, fundamentalmente burguesa y nacionalista) y, desde lejos, el episodio fugaz de la **Comuna de París**. No llegaron a conocer las grandes organizaciones obreras de masas, actuando dentro de pequeños grupos conspirativos o en el seno de la Primera Internacional, un conglomerado de distintos grupos semi-político y semi-sindical, que apenas llegó a adquirir solidez y consistencia y pronto se fue disgregando por las querellas internas. Su teoría, pensada para un análisis general del capitalismo, contiene un esqueleto y muchos elementos concretos que siguen conservando una enorme actualidad, pero adolece también de las limitaciones del horizonte de su época. Por ejemplo, apenas plantearon asuntos luego tan importantes como la gran expansión imperialista, la función de los partidos o los consejos obreros, etc., que ocuparon a generaciones sucesivas de marxistas.

El viejo Engels, que vivió algunos años más, sí pudo al menos entrever

algunos de los cambios que el capitalismo y la nueva sociedad burguesa experimentaba desde fines del siglo XIX. Cambios que, en lo económico, suponían el desarrollo de una segunda revolución en la industria, con el uso de nuevas fuentes de energía (electricidad, petróleo) y el surgimiento de nuevos sectores económicos; el nacimiento y crecimiento de los **monopolios**, que rompían con el capitalismo de libre competencia; la creación de grandes unidades productivas y la aplicación creciente de la llamada **gestión científica del trabajo**. La etapa de entresiglos (XIX-XX) es también la de la sustitución de los regímenes liberales por los **sistemas políticos democráticos** y la aparición de partidos y sindicatos de masas, así como de la expansión de los nacionalismos agresivos, la lucha entre potencias imperialistas para dominar el mundo y la amenaza creciente de una guerra de grandes dimensiones.

Como respuesta a estos fenómenos y gracias a las posibilidades que los nuevos cambios abrían a la acción organizada de los trabajadores, fueron surgiendo partidos de clase (denominados socialistas o socialdemócratas) en los diferentes países, que en algunos casos, gracias al sufragio universal, llegaron a adquirir una fuerza electoral importante y a tener presencia parlamentaria significativa. En 1889 se fundó la Segunda Internacional, que, más que una organización unificada de los distintos partidos nacionales, fue un lugar de encuentro e intercambio de experiencias entre ellos.

En los nuevos partidos socialistas o socialdemócratas coexistieron distintas corrientes de pensamiento, pero poco a poco fueron expandiéndose las ideas de Marx y Engels, esquematizadas y convertidas en un *sistema* que facilitaba su difusión. Comenzó entonces a hablarse de *marxismo*, término hasta entonces no utilizado. De hecho, el marx-ismo (como *sistema* o corriente definida de pensamiento) es posterior a la muerte de Marx, como el lenin-ismo lo es a la de Lenin; en ambos casos, se deben a la labor codificadora de algunos de sus discípulos, en un clima intelectual y político, por cierto, diferente del que vivieron los propios Marx y Lenin (el de la IIª Internacional en el primer caso y el del reflujo revolucionario

y la construcción del *socialismo en un solo país* en la otra); cuestión ésta que condicionaría los *sistemas* resultantes.

Los historiadores han reconstruido en detalle la evolución del uso de términos como *marxismo* o *marxista* en sus orígenes, mostrando cómo, hasta comienzos de la década de 1880, estos vocablos o similares (*marxianos*, *marxeses*, etc.) eran utilizados para designar ocasionalmente a los seguidores de Marx en las batallas entre grupos revolucionarios y socialistas de la época o en la Primera Internacional, generalmente con sentido peyorativo o despectivo. Es desde 1880-81 cuando son asumidos, con connotaciones positivas, por parte de los seguidores de Marx y Engels, pese a la resistencia de éstos, que preferían hablar –como Engels– de “*socialismo crítico y revolucionario*” o *socialismo científico*; por entonces, Marx solía decir aquello tan a menudo mal interpretado de que *él no era marxista*, no tanto por negar que sus ideas pudieran ser concebidas como un *sistema* sino sobre todo por rechazo a las interpretaciones empobrecedoras de algunos que se consideraban sus sucesores. A medida que el lenguaje socialista mayoritario, sobre todo en Alemania, se va impregnando de las nociones y conceptos de Marx, el *marxismo* va definiéndose como tal frente a un socialismo ecléctico anterior que tomaba ideas de autores distintos; aquí el papel polémico y esclarecedor del *Anti-Dühring* resultará crucial.

El primer responsable de la transformación de las ideas de Marx en marx-ismo es, pues, el mismo Engels, aunque luego no gustará de utilizar el mencionado vocablo. Pero tanto o más importante va a ser el papel de Kautsky, el primero que asume, para él y su grupo, los términos *marxismo* y *marxista* con un valor programático, designando lo que considera como ciencia, dentro de su *marxismo* impregnado de fórmulas evolucionistas (darwinistas) y deterministas. Kautsky es el verdadero prototipo de la *ortodoxia marxista* de entonces, en un momento –dicho sea de paso– en que ortodoxia no implicaba en modo alguno la obligación de aceptar todas las ideas procedentes de Marx o Engels. Para Kautsky, el

marxismo, como teoría y método de investigación histórica, no necesitaba ser completado o enriquecido con otras teorías (salvo, en cierto modo, por el evolucionismo darwiniano). El tercer personaje fundamental en este proceso (junto a Engels y Kautsky) es Plejánov, el primero que habla de materialismo dialéctico para referirse a la filosofía marxista y que también consideró al marxismo como una cosmovisión integral y autosuficiente, que él se encargó de formular en sus escritos de forma que algunos califican de *catequética*.

En las décadas finales del siglo XIX, esta esquematización comienza a funcionar como ideología *oficial* de la socialdemocracia alemana. La divulgación del marxismo y su difusión a nivel popular obligará a nuevas simplificaciones. Se consolida una *escuela marxista* diferenciada de otras tendencias, con su cuerpo de doctrina, su programa político, etc.; se habla también, por entonces, de la *trinidad* del marxismo, formada, como señalamos, por la concepción materialista de la historia, la teoría del valor y la lucha de clases. Luego el Programa de Erfurt (1891) del Partido Socialdemócrata alemán, elaborado tras largos debates en los que participan Engels, Kautsky, Bebel o Liebknecht, aparecía ya purgado de elementos no marxistas y recogía, además de un catálogo de reivindicaciones concretas, la visión prototípica del marxismo tal como entonces se concebía (concentración del capital y agudización de la lucha de clases, creciente incompatibilidad entre la propiedad privada de los medios de producción y el uso efectivo de la tecnología existente, necesidad de reformas para prepararse para la revolución y la socialización de los medios de producción, unidad del proletariado a escala mundial, etc.). El historiador Franco Andreucci lo resume con estas palabras:

“El resultado había sido una serie de fórmulas que iluminaban, incluso en forma apodíctica, las tendencias del capitalismo, dominadas por la agudización de las contradicciones, e indicaban al proletariado la meta (el socialismo) que debía alcanzar sobre la base de una ‘necesidad natural’, o sea de un conjunto de férreas leyes de desarrollo” [E.

Andreucci, “La difusión y la vulgarización del marxismo”, en E. Hobsbawm y otros, *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, 1980, t. 3, p. 33].

La consagración definitiva de los términos *marxismo* y *marxista* se produjo con la *polémica revisionista* de los años finales del XIX y primeros del XX; sólo algunos, de entre los no-revisionistas, ofrecen una cierta resistencia a su uso, como sucede con Rosa Luxemburgo, que prefiere hablar de *socialismo científico* o *socialdemocracia*. De entonces data también el inicio de la diversificación del *marxismo* y la emergencia de *los marxismos*, que a menudo polemizan entre sí acerca de su fidelidad respectiva al legado de Marx.

Así pues, *el marxismo* se transforma pronto en *los marxismos*, configurando una tradición amplia y diversificada que desarrolla a la vez una constante recurrencia a las enseñanzas de los *padres fundadores* y un intento de adaptarlas o modificarlas en función de los problemas del presente. En términos generales, y por utilizar una división cronológica más o menos convencional, este desenvolvimiento se produce en una serie de etapas, en las que la influencia de los procesos históricos generales y de los movimientos político-sociales del propio campo marxista o revolucionario es patente, y que pueden cifrarse en las siguientes, según el esquema esbozado por Hobsbawm:

a) Antes de 1848-1850. Orígenes del socialismo y formación del pensamiento de Marx y Engels, en el contexto de la expansión de la revolución industrial, el ciclo de las revoluciones liberal-burguesas y las primeras crisis del capitalismo moderno.

b) 1850-1883. Maduración del pensamiento de Marx y Engels, coincidiendo con la etapa *clásica* del capitalismo liberal. La obra marxiana está aún poco difundida, y no existe todavía un movimiento revolucionario significativo que pueda calificarse de *marxista*.

c) 1883-1914. Nacimiento y desarrollo del Marxismo de la IIª Internacional, en el contexto de los procesos de democratización política, el surgimiento de los partidos socialistas y los sindicatos de masas, los primeros esbozos de revolución proletaria, el despliegue del imperialismo y el capital financiero.

d) 1914-1949. Marxismo de la IIIª Internacional, enmarcado en las dos guerras mundiales, la depresión que sigue a la crisis de 1929, el impacto y la proyección mundial de la revolución de 1917 y los inicios de la descolonización.

e) Desde 1949 en adelante. Marxismo **policéntrico**, en el período de la descolonización y las revoluciones del Tercer Mundo, la desestalinización, la expansión de la influencia del marxismo en las ciencias sociales, y posteriormente la *crisis del marxismo* y del llamado *socialismo real*.

Recapitulando sobre la tradición marxista desde sus orígenes, el sociólogo Alvin Gouldner ha planteado una distinción seguramente discutible, pero interesante en cuanto que pone de relieve uno de los problemas básicos de la teoría y la práctica política marxista, campos ambos estrechamente relacionados, puesto que, como él mismo señala, el marxismo es más que una doctrina, “es una vasta comunidad organizada de agentes que tratan de realizar un proyecto revolucionario”. Gouldner diferencia el marxismo como *filosofía de la praxis* (como crítica) del marxismo como *ciencia*; la tensión entre ambas tendencias suscita problemas relacionados con la interpretación histórica (papel de las fuerzas objetivas o de la actividad humana) y la actividad política, y tiene que ver con las dualidades libertad-necesidad y voluntarismo-determinismo. Los marxistas *críticos* (Lukács, Korsch, Gramsci, Sartre, **Escuela de Frankfurt**) tenderían a subrayar la herencia hegeliana en Marx y la continuidad del Marx joven y el maduro; creen en cambios abruptos y en el papel de la conciencia humana, y se inclinan al voluntarismo y hasta al mesianismo revolucionario;

Fundación de Investigaciones Marxistas

La Fundación de Investigaciones Marxistas fue creada en diciembre de 1978. Su actividad pública se traduce en seminarios, conferencias y debates con miras a estimular la confrontación de ideas y la investigación rigurosa tanto sobre cuestiones generales de la teoría, como en lo que se refiere a problemas actuales de orden social, económico, filosófico, político, etc.

En su centro de documentación se conservan todos los textos de las conferencias y debates realizados.

La Fundación de Investigaciones Marxistas dispone de una estimable biblioteca y hemeroteca marxista y está estrechamente vinculada al Archivo Histórico del PCE.

Edita la publicación periódica "Papeles de la FIM" y también los resultados más importantes de sus debates.

COLABORA

CON LA FUNDACIÓN.

HÁZTE SOCIO

Suscripciones:

Socios individuales 72€ anuales

Socios colectivos 150€ anuales

Más información: info@fim.org.es

Horario de atención al público: de 8 a 15:00 h. de lunes a viernes.

Metro: Esperanza (Línea 4)

Autobuses: 120, 122

C/Olimpo 35

28043 Madrid

Tfno: 91 300 49 69 / Fax 91 300 47 44

FIM



Fundación de
Investigaciones
Marxistas

www.fim.org.es

marxistas *críticos* o con clara propensión a actuar como tales serían aquellos que intentan compensar con voluntarismo revolucionario el déficit de condiciones objetivas para el cambio social, como el Lenin maduro o los revolucionarios chinos o cubanos. Por el contrario los marxistas *científicos* tienden a *deshegelianizar* a Marx y distinguir al Marx joven del maduro (prefiriendo al segundo), ven el socialismo más como producto del desarrollo de condiciones objetivas que de la acción humana, son más deterministas que voluntaristas y más gradualistas que *rupturistas* en su visión de la historia, y se muestran más propensos al ritualismo político y a la sacralización de los instrumentos (el partido sobre todo). Por supuesto-añade Gouldner-, esta distinción es de tipos *puros*, pues en la realidad lo que existe siempre es una mezcla. Reflejaría, más que una división de escuelas y personajes o grupos, una tensión constante en el desarrollo del marxismo.

Volviendo a la época de la Segunda Internacional, el marxismo así entendido (lleno de adherencias positivistas y evolucionistas) se convertirá, en cierto modo, en doctrina oficial del movimiento, sobre todo en las polémicas contra el Revisionismo, aunque algunos partidos importantes, como el francés o el laborista británico, no lo asuman o lo hagan de manera muy parcial. Con el tiempo esta *ortodoxia* marxista, plagada de rasgos **deterministas** y mecanicistas, fue convergiendo con los *revisionistas* en la justificación de una política de reformas y de cierta acomodación al sistema, muy del gusto de la burocracia dirigente de los grandes partidos socialdemócratas y los sindicatos del momento. Frente a ello, surgieron núcleos de oposición que configuraron la parte más radical del movimiento, como la izquierda alemana encabezada por Rosa Luxemburgo o los **bolcheviques** de Lenin dentro del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. En el debate doctrinal, estos grupos pretendían recuperar el marxismo de lo que consideran sus deformaciones y analizar los cambios del capitalismo para fundamentar una estrategia revolucionaria. La escisión entre esta ala izquierda y las corrientes dominantes se producirá con la Primera Guerra Mundial y la Revolución soviética.

El período de la Segunda Internacional es, sin embargo, pese a esas deformaciones vulgarizadoras del marxismo, muy importante para el desarrollo teórico. En esta etapa se producen las más importantes aportaciones de Rosa Luxemburgo o de Lenin (sobre el partido, la revolución y el Estado o el imperialismo), la renovación del pensamiento económico marxista para adaptarlo a las nuevas realidades del capitalismo de los monopolios, o las intensas polémicas acerca de la *cuestión nacional*, la guerra o el imperialismo.

El marxismo en la época de la Tercera Internacional.

La Primera Guerra Mundial supuso la quiebra de la Segunda Internacional, incapaz de frenar el conflicto con sus campañas y de conseguir que sus afiliados antepusieran al internacionalismo de clase el apoyo a los distintos nacionalismos de los países en conflicto. La mayor parte de los partidos socialistas o el grueso de su militancia asumieron en esos momentos la llamada *unión sagrada* con las respectivas burguesías, entrando incluso en algunos gobiernos, mientras que ciertas minorías, como los bolcheviques o como la izquierda socialdemócrata en Alemania (los que luego se llamarían *espartaquistas*), denunciaban este colaboracionismo y se preparaban de una u otra forma para lucha contra la guerra o con la finalidad de convertirla en una revolución.

El único grupo que vería coronados estos esfuerzos sería, como es sabido, el Partido Bolchevique. La revolución de Octubre de 1917 marcó una línea divisoria y un punto de no retorno en la fractura definitiva del movimiento socialista de inspiración marxista, sobre todo cuando, desde 1919, se lanzó la idea de la creación de un partido revolucionario mundial, la conocida como Tercera Internacional o Internacional Comunista (en ruso, Komintern). Esta nueva organización nacía denunciando el reformismo y la traición al marxismo de los dirigentes de la Segunda Internacional, e impulsó la creación de partidos comunistas dentro de cada Estado como

“secciones nacionales” de la nueva Internacional, imponiendo rígidas condiciones para la admisión.

Aunque dentro de los partidos socialdemócratas pervivieron algunos núcleos empeñados en mantener la tradición marxista revolucionaria, lo cierto es que este legado fue asumido de manera mayoritaria y primordial por los partidos de la Tercera Internacional y sus ámbitos de influencia e irradiación ideológica. Sin entrar ahora en otros aspectos de la historia de la Komintern, por lo que se refiere a los desarrollos teóricos, el ambiente de lucha contra el reformismo de la vieja socialdemocracia propio de los nuevos partidos comunistas se va a reflejar de manera clara en sus elaboraciones y propuestas. También va a ser determinante el fracaso de la revolución en Occidente y la necesidad consiguiente de que la Unión Soviética optara por la construcción del *socialismo en un solo país*, reforzando de manera decisiva la influencia de la URSS en el conjunto del movimiento comunista. La evolución de la Unión Soviética bajo la dirección suprema de Stalin, con fenómenos tales como la construcción acelerada de la base material del socialismo y las tensiones políticas y sociales que ello generó, el cerco internacional y los efectos destructivos de la Segunda Guerra mundial, o el desarrollo de un modelo político que el XX Congreso del PCUS (1956) denominó, tal vez de manera insuficientemente autocrítica, *culto a la personalidad* del líder máximo, condicionaron de forma decisiva el desarrollo del marxismo.

La Revolución soviética y la creación del movimiento comunista permitieron seguramente la pervivencia misma del marxismo que tal vez, ante al abandono teórico y práctico progresivo de los partidos socialdemócratas, hubiera quedado arrinconado, como lo fueron otras ideas socialistas del siglo XIX. La difusión de las ideas más fértiles de Lenin o la obra de intelectuales militantes comunistas como Lukács o Gramsci, así como otros muchos desarrollos teóricos en las décadas de 1920 y 1930 en las proximidades o la periferia del marxismo, serían impensables, con sus luces y sus sombras, salvo en la estela del Octubre ruso.

Hubo, sin embargo, algunos efectos indeseables, como la dogmatización del marxismo a medida que se convertía en ideología *oficial*, excluyendo o demonizando algunas tradiciones marxistas interesantes (por ejemplo las ideas de Rosa Luxemburgo o la obra de Trotski), que el paso del tiempo ha permitido posteriormente recuperar o al menos calibrar de forma más ponderada. La dureza de la lucha que hubieron de soportar los comunistas (las tremendas dificultades en la construcción del socialismo en la URSS, las persecuciones de gobiernos reaccionarios o dictaduras fascistas y luego el aislamiento en Occidente en el período de la *guerra fría*) no facilitó precisamente el debate abierto sobre las posibilidades de renovación de la teoría.

A partir de 1924, comenzará a hablarse de leninismo o marxismo-leninismo como la plasmación histórica de la teoría marxista en los nuevos tiempos. El leninismo surgía –se afirmaba– como consecuencia de la Revolución de Octubre y contra el “oportunismo” de la II Internacional, y era considerado como una nueva fase del marxismo, representando “el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria”. Además de los desarrollos generales de la tradición marxista revolucionaria, el marxismo-leninismo incorporaba planteamientos aportados particularmente por Lenin o que se le atribuían de manera primordial, como el modelo de partido-vanguardia, su interpretación de la dictadura del proletariado o su teoría del imperialismo.

Ortodoxia y revisiones. Marxismo y leninismo.

La consolidación del marxismo como ideología oficial de la mayoría del movimiento socialista primero y del movimiento comunista después, planteó de maneras nuevas la identificación con los planteamientos de Marx y Engels y la idea misma de *ortodoxia*. ¿Hasta qué punto algunos teóricos podían ser calificados de marxistas y hasta qué punto no? ¿Qué era el marxismo *ortodoxo*, si es que podía o debía hablarse de semejante cosa, y qué no lo era?

PARA VER ESTE VÍDEO

To see this video

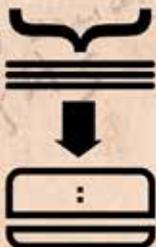


El marxismo tra la IIª Guerra mundial

Francisco Erice

Duración: 04'26"

<http://youtu.be/X43xEii6B6M>



El concepto de ortodoxia suele ligarse a criterios de autoridad: sería, por tanto, ortodoxo lo que se ajusta a las directrices de los *intérpretes autorizados*, de los mandarines depositarios de la verdad admitida (del “tesoro general del marxismo” del que hablaba Stalin). Esta visión, en todo caso, a efectos prácticos apenas nos vale para analizar un marxismo que, como señalamos, ha sido plural y en cierto modo *policéntrico* casi desde sus orígenes; y desde el punto de vista de los desarrollos teóricos, si se entiende ortodoxia como fidelidad al mensaje original de Marx, habría que partir de la discutible hipótesis de que Marx sólo admite una lectura legítima posible, y que su obra no contiene, como la de cualquier otro intelectual, contradicciones y fisuras. En todo caso, se ha utilizado históricamente el concepto de ortodoxia y el de su contrafigura (*revisionismo*) de esta manera más política que intelectual, más como arma arrojadiza que con un sentido teórico preciso.

Ha habido, sin embargo, en la tradición marxista, otras formas, tal vez más interesantes, de plantear el problema de la ortodoxia. Una de las más conocidas es la de Lukács, que iniciaba precisamente con esta cuestión (¿Qué es marxismo ortodoxo?) su obra de juventud *Historia y conciencia de clase*. Lukács escribía reaccionando contra el desprestigio de la idea de ortodoxia, que él intenta diferenciar del dogmatismo; dogmatismo que atribuye precisamente a los dirigentes de la IIª Internacional, cuyos *saberes* marxistas no desembocan en un impulso revolucionario. Frente al Marx *científicamente puro* de la socialdemocracia, él busca a través de Hegel al Marx dialéctico de la revolución, identificando la ortodoxia con el método, es decir, con la fidelidad a la dialéctica revolucionaria:

“Pues suponiendo –aunque no admitiendo– que la investigación reciente hubiera probado indiscutiblemente la falsedad material de todas las proposiciones sueltas de Marx, todo marxista ‘ortodoxo’ serio podría reconocer sin reservas todos esos nuevos resultados y rechazar sin excepción todas las tesis sueltas de Marx sin tener en cambio que abandonar ni por un minuto su ortodoxia marxista. Así pues, el marxismo

ortodoxo no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni ‘fe’ en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura ‘sagrada’. En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al *método*. Esta ortodoxia es la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse, ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores. Y que, en cambio, todos los intentos de ‘superarlo’ o ‘corregirlo’ han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo” [G. Lukács, *Historia y consciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1975, pp. 1-2]

Por su parte Gramsci relaciona la *ortodoxia* con la idea de la autosuficiencia del marxismo o *filosofía de la praxis*. La ortodoxia, tal como él la asume, significa que el marxismo se basta a sí mismo, que contiene en sí los elementos fundamentales “para construir una total e integral concepción del mundo, una total filosofía de las ciencias naturales, y no sólo ello, sino también los elementos para vivificar una integral organización práctica de la sociedad, esto es, para llegar a ser una civilización íntegra y total” [A. Gramsci, “Notas críticas sobre una tentativa de *Ensayo popular de sociología*, en N. I. Bujarin, *Teoría del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1974, pp. 95-99].

Esta reivindicación de la ortodoxia por parte de los citados autores – que se encuentran, por cierto, entre los que se mueven con mayor libertad en su tratamiento de los textos *clásicos*- debe entenderse en el contexto de la reafirmación del marxismo revolucionario frente a lo que califican de *traición* de la socialdemocracia. Porque la verdad es que, en el período de la IIª Internacional, la obsesión por la ortodoxia no parece haber sido tan intensa. Por entonces, la misma calificación de *revisionismo* se utiliza no tanto como arma arrojada contra los que no siguen una interpretación que se considera *canónica*, como designando a una corriente concreta de rechazo de algunos principios básicos del marxismo desarrollada desde la

última década del siglo XIX, y que tiene en el alemán Bernstein a su más conocido exponente. *Revisionismo* que, en ese sentido histórico y más riguroso, habría que distinguir de *revisión* de las ideas o planteamientos de los clásicos; como ha señalado Hobsbawm, en la práctica todo movimiento marxista que ha ejercido cierta influencia ha *revisado*, modificando las doctrinas del pasado a la luz de las condiciones nuevas. En todo caso, los términos *ortodoxia* y *revisionismo* hay que ponerlos históricamente en conexión con el concepto de leninismo, el segundo *ismo* (y el más importante) en popularizarse en la tradición marxista, antes de que otros vinieran a añadirse (maoísmo, castrismo, guevarismo, etc.).

El término leninismo comienza a utilizarse, como señalamos, en 1924 cuando, recién fallecido Lenin (en enero), Stalin (en abril) pronuncia sus famosas conferencias en la Universidad Sverdlov sobre *Fundamentos del leninismo*, y el V Congreso de la Internacional Comunista (en junio-julio) consagra el *culto a Lenin* y lanza la consigna de bolchevización de los partidos comunistas. Ya tras la muerte de Lenin se inician los actos de “reverencia externa por su persona” que Natalia Krupskaya, su viuda, se había apresurado a rechazar; el dirigente bolchevique Zinoviev, no obstante, declaraba enfáticamente: “Lenin ha muerto, el leninismo vive”. En el V Congreso de la IC, Lenin era calificado como la personificación misma del marxismo ortodoxo, y se aceptaba la definición del leninismo dada por Stalin, rechazándose los denominados *luxemburguismo* y *trotskismo*. Poco después se añadía que “toda desviación del leninismo equivale a una desviación del marxismo”, considerándose particularmente peligroso el *trotskismo*, identificado como una variedad ideológica que fundía el oportunismo con la retórica de la izquierda radical.

La visión *oficial* del asunto se formulaba en las citadas conferencias de Stalin. En ellas, el dirigente soviético rechazaba la tesis de que las aportaciones teóricas de Lenin se redujeran a la aplicación del marxismo a la situación de Rusia, otorgándoles, por el contrario, un valor universal; o también que Lenin hubiera simplemente recuperado la dimensión revolu-

cionaria del marxismo abandonada por la IIª Internacional. Más allá de ello, Lenin habría proseguido “el desarrollo del marxismo bajo las nuevas condiciones del capitalismo y de la lucha de clases del proletariado”. El leninismo, brotado de la revolución y forjado frente al oportunismo de la IIª Internacional, era considerado una nueva fase del marxismo, “el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria” [J. Stalin, *Fundamentos del leninismo*, Madrid, Akal, 1975, pp. 5-7].

El origen del leninismo hay que verlo, pues, en el contexto de la lucha de los dirigentes de la IIIª Internacional, contra lo que consideraban desnaturalización del marxismo y el reformismo de la IIª Internacional. Algunos, como Bujarin, no le atribuyeron más que la restauración del verdadero pensamiento de Marx. Otros, como Lukács, ofrecieron una imagen más en consonancia con las tesis de Stalin acerca de su *novedad radical* como marxismo de los nuevos tiempos. Para Lukács, el leninismo representaba el más alto nivel en el pensamiento concreto, anti-esquemático, anti-mecanicista y dirigido a la praxis. Lenin no se habría limitado a generalizar las condiciones particulares de Rusia sino que, “con la mirada del genio”, supo percibir el problema central de la época: la inminencia de la revolución. Esta “actualidad de la revolución” era “el pensamiento fundamental de Lenin”, que introducía así en la teoría “la marcha viva del proceso histórico”. La misma forma de organización preconizada por Lenin estaría vinculada a esta percepción de la inminencia de la revolución [G. Lukács, *Lukács sobre Lenin, 1924-1970*, Barcelona, Grijalbo, 1974].

Gramsci, cuyas relaciones con el leninismo son seguramente complejas, valoró en Lenin ante todo su papel político, que consideraba, en definitiva, su mayor aportación a la *filosofía de la praxis*. Marx había creado una *weltanschauung* (concepción del mundo) nueva, pero la creación de un Estado por Lenin equivalía en importancia a la nueva *welstanchauung* de Marx; la realización de un aparato hegemónico, en cuanto que crea un nuevo terreno ideológico y determina una reforma de la conciencia, es un hecho filosófico. No se puede –añadía– jerarquizar a Marx y Lenin, pues-

to que expresan dos fases de un mismo proceso ciencia-acción, en cierto modo como Cristo y Pablo de Tarso.

El leninismo, más frecuentemente denominado marxismo-leninismo, se convirtió luego en ideología *oficial* de los partidos comunistas, con sus rasgos más característicos (modelo de partido-vanguardia, caracterización del capitalismo en su fase imperialista, modelo particular de la dictadura del proletariado, etc.), arrinconando otras posibles versiones o lecturas del marxismo (por ejemplo la luxemburguiana en Alemania). Ha sido criticado, especialmente en sus manifestaciones más propias de la época estaliniana, por rasgos tales como la rigidez ideológica, su aplicación (a veces con efectos más que dudosos) a las ciencias, su modelo de filosofía (el *diamat* o materialismo dialéctico) o su visión mecánica del proceso histórico.

Más allá de esta concepción del leninismo que se consagra desde los años 20 del pasado siglo, hay otro posible uso del término, más restringido y limitado a las novedades teóricas y las propuestas políticas formuladas por Lenin. El acta de nacimiento de este otro *leninismo* habría que situarla en 1902, con la publicación del *¿Qué hacer?* Allí se formula, entre otras cosas, su teoría del partido de revolucionarios *profesionales* y la idea de la incapacidad del proletariado para superar por sí mismo la conciencia *tradeunionista*, que por cierto parece deber no poco a la experiencia de los populistas rusos y a los planteamientos (necesidad de la intelectualidad para *importar*, con la ayuda de la ciencia marxista, la conciencia revolucionaria al proletariado) de los más conocidos dirigentes de la socialdemocracia de la época (Kautsky, Adler, etc.). Luego añadiría otros temas –que, como la misma idea de partido, fue modulando a lo largo de su vida, en función de la prioridad de la lucha revolucionaria-, configurando un conjunto de teorías que, aparentemente, rompen con bastantes aspectos de la visión de Marx: sustitución de la burguesía por el campesinado como aliado para llevar a cabo la revolución burguesa, importancia de la *cuestión nacional* y de su posible utilización al servicio de la revolución, idea del partido-vanguardia, etc.

PARA VER ESTE VÍDEO

To see this video

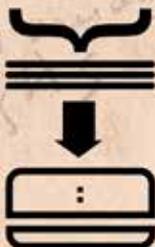


Crisis y actualidad del marxismo

Francisco Erice

Duración: 06'32"

<http://youtu.be/1UPVNT7JvB8>



Los cambios en el capitalismo tras la Segunda Guerra mundial y la difusión del marxismo.

Los cambios en el sistema capitalista y en el contexto internacional tras la Segunda Guerra Mundial facilitaron, por vez primera, la expansión de la teoría marxista a gran escala y la proliferación de intentos de actualizar y poner al día su legado dentro de las ciencias sociales. Los comunistas y las fuerzas de la izquierda, que ya habían crecido durante los años de la **Gran Depresión** posterior a 1929, y sobre todo con la política de los **frentes populares**, salían de la guerra fortalecidos, gracias a su decisiva y heroica participación en la resistencia antifascista y a los deseos de cambio de amplios sectores de la población. En Europa occidental, los comunistas se integraron en numerosos gobiernos de *unidad nacional* antifascista constituidos tras la guerra y, en algunos lugares, como en Francia o Italia, lograron construir grandes partidos de masas, con fuerte influencia social. En Europa centro-oriental, una mezcla, desigual según los países, de impulso antifascista y de condicionamientos geoestratégicos (encontrarse en la zona liberada por el Ejército Rojo o en la proximidad de la URSS), determinará la constitución de las llamadas *democracias populares*.

En el periodo de gran expansión capitalista de la posguerra y de la **guerra fría**, el marxismo se convierte en la ideología de referencia de amplios sectores no sólo de la izquierda militante y organizada, sino también de muchos intelectuales y científicos sociales. A ello contribuyeron la influencia de los partidos comunistas en Occidente y en otros lugares y también de otros **grupos izquierdistas** radicales desde la década de 1960; las consecuencias de la descolonización, impulsada por grupos nacionalistas de distinto tipo, pero también de inspiración marxista; o las nuevas experiencias revolucionarias, como la cubana, la argelina o la vietnamita –que, entre otras cosas, revalorizaban el papel del campesinado–, a las que se sumarán en los años 70 el proceso de la Unidad Popular chilena encabezada por Salvador Allende, la revolución sandinista en Nicaragua, etc. También influyen, desde luego, los cambios en la URSS tras la muerte de Stalin y

el *policentrismo* del movimiento comunista, que deja de estar vinculado de manera absoluta a la dirección o la influencia determinante de Moscú, surgiendo nuevas corrientes heterodoxas o intentos de aplicar el marxismo a contextos históricos y sociales diferentes.

En esta nueva situación, la reflexión teórica marxista experimentó avances importantes, aunque más en los ámbitos académicos o universitarios que en la elaboración política más directamente ligada a las necesidades militantes. La Historia, la Sociología (análisis de clases o de relaciones de trabajo), la Politología (teoría del Estado) la Antropología o la Economía (estudio de las crisis, del nuevo capitalismo basado en la intervención del Estado, del *subdesarrollo* o de las nuevas formas del imperialismo) de inspiración marxistas conocen entonces un fuerte impulso. El marxismo recupera –aunque de modo desigual- su capacidad para analizar críticamente la realidad y contribuir a transformarla.

Crisis del *socialismo real*, globalización y evolución reciente. La vigencia del marxismo.

La gran crisis de los años 70 ponía fin a una etapa dorada de crecimiento del capitalismo que permitió, en los países de Occidente, asentar el llamado *Estado del bienestar* y, en el *Tercer Mundo*, alentar el sueño, que pronto mostró ser ilusorio, de un desarrollo económico semejante al que habían seguido anteriormente los países ricos. La crisis provocó además el despliegue de las teorías económicas neoliberales, que defienden la práctica renuncia del Estado a intervenir en la economía y que constituyen la punta de lanza de la reacción capitalista contra las conquistas de los trabajadores. La crisis de la izquierda en Occidente, que resultaba cada vez más patente, y el resquebrajamiento de los países del *socialismo real* de Europa centro-oriental, se agudizaron en la década de los 80, preludiviendo la caída de la URSS y de las *democracias populares* del Este europeo.

Paralelamente, iba surgiendo y desarrollándose el influyente pensa-

miento del postmodernismo, que cuestionaba toda idea de progreso y rechazaba los esquemas de interpretación del pasado que la incorporan. Concretamente, por utilizar su lenguaje, los postmodernos (Lyotard, Vattimo, Baudrillard) diagnosticaban la crisis de los *meta-relatos de la modernidad*, heredados de la Ilustración, entre ellos el marxismo, tanto por su concepción de la evolución histórica como por su visión totalizadora y dialéctica de la realidad, cuestiones que tendremos ocasión de mencionar cuando hablemos de la teoría marxista de la historia.

La crisis y posterior desmoronamiento de la URSS y sus aliados más próximos alimentó otras tesis igualmente antimarxistas, como las que hablaban del **fin de la historia** (el supuesto triunfo definitivo del capitalismo y las democracias liberales) y dio paso libre a la llamada globalización, rótulo que, entre otras cosas, venía a encubrir el verdadero carácter del nuevo capitalismo y las manifestaciones más descarnadas del imperialismo. La reacción neoliberal y el nuevo impulso a la mundialización de la economía y la eliminación de las fronteras han introducido cambios en las condiciones de trabajo y las relaciones de clase que un nuevo proyecto de transformación social debe necesariamente abordar si no quiere operar sobre el vacío o aplicando recetas inoperantes.

La crisis política de la izquierda ha provocado también una notable reducción de la influencia intelectual del marxismo, afectado asimismo por la *competencia* de las ideologías emanadas de los llamados nuevos movimientos sociales, que en ocasiones se presentan como alternativa frente al marxismo, al que se tacha de caduco u obsoleto. Eso no significa, en modo alguno, que los aspectos centrales del marxismo hayan perdido su fertilidad para analizar las contradicciones del sistema. De hecho lo llamada globalización lo que viene a hacer en cierto modo es cumplir los viejos pronósticos de Marx sobre la mundialización de la economía y la mercantilización general del mundo, o sea la conversión en mercancía de todo lo que sirve al interés humano. La depresión económica actual ilustra la relevancia de otros aspectos de la obra de Marx, como sus análisis de las

contradicciones del capitalismo, las crisis y la *anarquía del mercado*.

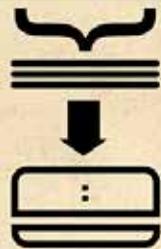
Los análisis marxistas no han dejado de plantearse e incluso, en algunos campos, de enriquecerse, aunque quizás con menos pretensiones universales y con más modestia y cautela que antes. No obstante, la revitalización de las perspectivas antiimperialistas, revolucionarias y de cambio social en algunos lugares del mundo suscita nuevos retos al viejo marxismo. Lo que en algunos ámbitos (por ejemplo en el proceso *bolivariano* de Venezuela) empieza a plantearse como un *socialismo para el siglo XXI*, exigirá también una teoría revolucionaria renovada.

En esta tarea, las aportaciones de la tradición marxista siguen siendo insustituibles. Como señalaba no hace mucho Hobsbawm, “no podemos prever las soluciones de los problemas a los que se enfrenta el mundo del siglo XXI, pero para que haya alguna posibilidad de éxito, deben plantearse las preguntas de Marx” [E. J. Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo, 1840-2011*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 25]. Otro conocido marxista británico lo apuntaba recientemente, de forma aún más tajante, refiriéndose sobre todo a la crítica de la cultura y al compromiso moral:

“...La verdad es que Marx tuvo la suficiente razón a propósito del razonable número de cuestiones importantes como para que llamarse marxista pueda ser una descripción juiciosa de uno mismo (...). De todos modos, la extraordinariamente rica y fértil literatura marxista (...) es, a mi entender, razón más que suficiente para alinearse con el legado marxista. La alienación, la ‘mercantilización’ de la vida social, la cultura de la codicia, la agresividad, el hedonismo sin sentido y el nihilismo creciente, la constante hemorragia de sentido y de valor que padece la existencia humana: cuesta dar con un análisis inteligente de estas cuestiones que no esté sensiblemente en deuda con la tradición marxista” [T. Eagleton: *Por qué Marx tenía razón*, Barcelona, Península, 2011, pp. 11 y 13].

DESCARGA ESTA PUBLICACIÓN

Download this Issue



He, the young
Boldly about,
And he will tell
Grandly "I have

Perhaps a cheap hou
Daily, from flat to
One of the few on who
As a silk hat on a bra

He munches with the same persistent stare,
He knows his way with women (and that's that!)
Impertinently tilting back his chair
And dropping cigarette ash on the mat.

The time is now propitious, as he guesses,
The meal is ended, she is bored and tired;

PAPELES

revista de investigación marxista

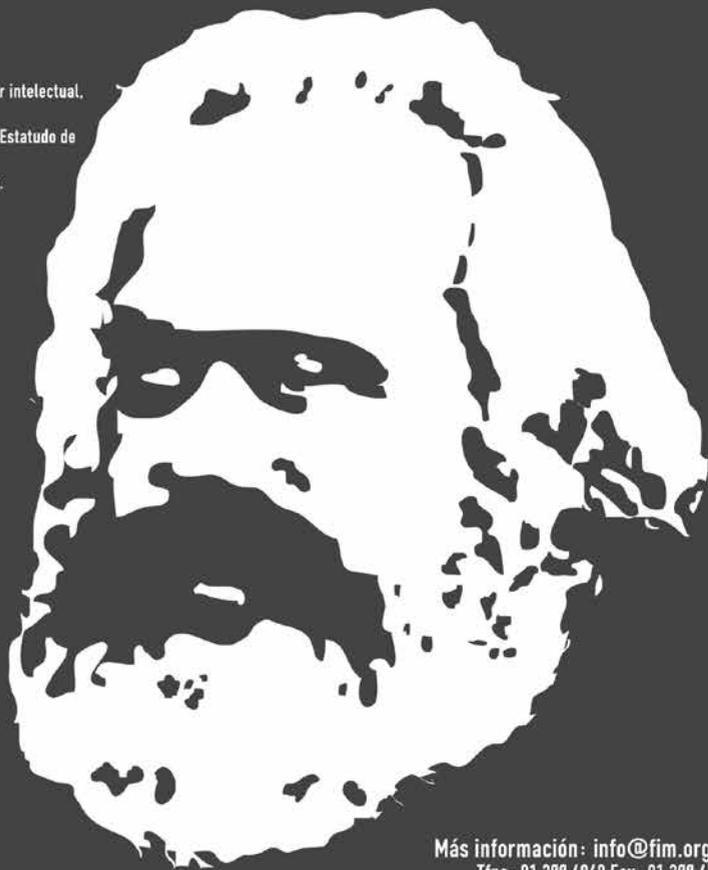
de la FIM

Últimos números publicados:

No.25 ¿Para quién trabajamos? El trabajador intelectual,
cultura y comunicación.

No.26/27 La clase trabajadora, después del Estatuto de
los trabajadores y sus reformas.

No.28 La Ciencia en la II República española.



Más información: info@fim.org.es
Tfno: 91 300 4969 Fax: 91 300 47 44

www.fim.org.es

FIM



Fundación de
Investigaciones
Marxistas

glosario

BOLCHEVIQUES. Corriente de la socialdemocracia rusa nacida en el II Congreso del partido (1903) y encabezada por Lenin. Mayoritarios en ese momento (*bolchevique* significa, en ruso, “de la mayoría”), se oponían a los *mencheviques* (minoritarios).

CAPITALISMO LIBERAL. También, capitalismo “de libre concurrencia”. Sistema capitalista en la etapa previa a la expansión de los monopolios. Su modelo lo analizó Marx en *El Capital*.

COMUNA DE PARÍS. Movimiento revolucionario semi-espontáneo de base obrera y popular (marzo-mayo de 1871) desencadenado tras la derrota de Francia en la guerra contra Prusia. Fue duramente reprimido y sirvió a Marx (*La guerra civil en Francia*) y a Lenin (*El Estado y la revolución*) para sus reflexiones sobre el Estado y la *dictadura del proletariado*.

DEMOCRACIAS POPULARES. Regímenes surgidos en la Europa centro-oriental tras la Segunda Guerra Mundial, de las alianzas o frentes populares-nacionales y de la acción liberadora del Ejército Rojo. Se planteaban como una vía distinta a la soviética de transición al socialismo, aunque luego, con la *guerra fría*, se produjo una uniformización de los procesos y un alineamiento incondicional con Moscú, en la última etapa de Stalin.

DETERMINISMO. Concepción según la cual el proceso histórico y la acción humana están completa e inexorablemente determinados por condiciones objetivas externas

ESCUELA DE FRANKFURT. Grupo de pensadores marxistas independientes y heterodoxos, muy influido también por otras corrientes (como el Psicoanálisis), que desarrollaron una importante crítica de la cultura contemporánea. Dispersados por el ascenso y la expansión del nazismo, sus principales integrantes (Adorno, Horkheimer, Fromm, Marcuse, etc.) siguieron trabajando luego en otros países europeos o en Estados Unidos.

ESPARTAQUISTAS. Miembros de la Liga Espartaco, constituida durante la Primera Guerra mundial por integrantes del ala izquierda de la socialdemocracia opuestos a la guerra, encabezados por Karl Liebknecht y Rosa

Luxemburgo. Dieron lugar al Partido Comunista Alemán en diciembre de 1918.

ESTADO DEL BIENESTAR (Welfare State). Surge tras la Segunda Guerra mundial, con políticas de reformas aplicadas por diversos gobiernos de países capitalistas destinadas a mejorar las condiciones de vida de las clases populares. Es el resultado contradictorio de las luchas obreras, del reto que suponía el modelo soviético y del deseo de integrar a la clase trabajadora neutralizando la influencia de las ideas revolucionarias. Hoy está siendo atacado duramente por el avance de las ideas neoliberales.

FEUERBACH, LUDWIG (1804-1872). Filósofo alemán, hegeliano *de izquierdas*, materialista y crítico de la religión, que ejerció cierta influencia en el joven Marx.

FIN DE LA HISTORIA. Tesis difundida desde 1989 por Francis Fukuyama, que afirma que la evolución histórica propiamente dicha (caracterizada por los conflictos entre distintas formas de organizar la sociedad) habría concluido, con el triunfo definitivo del capitalismo como sistema económico y de la democracia liberal.

FRENTES POPULARES. Estrategia de unidad de la clase obrera y los sectores democráticos de la burguesía y la pequeña burguesía, impulsada desde 1934-35 por el movimiento comunista, para hacer frente al fascismo y abrir el camino a cambios progresistas.

GESTIÓN CIENTÍFICA DEL TRABAJO. Técnicas de gestión empresarial desarrolladas desde finales del siglo XIX, iniciadas por Taylor (*taylorismo*) y otros, y continuadas con la implantación del trabajo en cadena (*fordismo*), con la triple intención de controlar los ritmos de trabajo, arrebatar al trabajador su autonomía y aumentar la productividad. Incluye aspectos tales como el cronometraje estricto de las tareas, el control y estandarización de los movimientos del trabajador y el sometimiento del mismo a la cadena de montaje.

GRAN DEPRESIÓN. Aunque también se denominó así a una crisis anterior del capitalismo, el término suele aplicarse a la durísima depresión de la eco-

nomía mundial iniciada con la crisis de la bolsa norteamericana en 1929 y que se prolonga en la década de los 30.

GRUPOS IZQUIERDISTAS. Tal como se utiliza en este texto, se refiere a los grupos de la *nueva izquierda* de la década de 1960, con importante proyección entre sectores estudiantiles (protestas contra la guerra de Vietnam, Mayo del 68), muy críticos con los Partidos Comunistas *oficiales* y deudores de corrientes diversas (maoísmo, trotskismo, guevarismo, *consejismo*, marcusianismo, cierto anarquismo, etc.).

GUERRA FRÍA. Período de enfrentamiento, iniciado en torno a 1947 y prolongado prácticamente hasta la caída de la URSS, entre el *bloque capitalista* (bajo la hegemonía de Estados Unidos) y el *bloque socialista* (bajo la hegemonía de la URSS). Se caracteriza por la bipolaridad, el auge del armamentismo (sobre todo nuclear) y el desplazamiento de los conflictos abiertos o *guerras calientes* al Tercer Mundo.

HEGEL, GEORG W. F. (1770-1831). Filósofo alemán muy admirado –y criticado también– por Marx y Engels, que toman de él el *método dialéctico*, impregnándolo de un sentido *materialista*. En el desarrollo del marxismo son muchos los que consideran esencial la herencia de Hegel (es el caso de Lenin o Gramsci), aunque otros la minimizan.

IZQUIERDISMO. Lenin (*El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, 1920) caracterizó con este término las tendencias ultrarradicales, voluntaristas y activistas dentro del movimiento comunista, que dificultaban, a su juicio, la acción eficaz dentro o fuera de las instituciones o los sindicatos y cuestionaban la política de alianzas.

MARXISMO ANALÍTICO. Corriente de las ciencias sociales que intenta combinar el marxismo con tendencias sociológicas como el llamado *individualismo metodológico*.

MERCADO. Sistema de organización de la economía que deja supuestamente a los *agentes* (productores o consumidores) la regulación de sus relaciones mutuas, sin interferencias externas. El economista Adam Smith lo te-

orizó con sus observaciones sobre la *mano invisible* que hace que el egoísmo mutuo de productores y consumidores reconduzca la actividad económica de una manera eficaz. La eficiencia y sobre todo la equidad de las relaciones de mercado han sido duramente cuestionadas por los marxistas.

MONOPOLIOS. Organizaciones y acuerdos entre capitalistas destinadas a evitar la competencia y controlar el mercado y los precios. Formarían parte de las tendencias detectadas por Marx a la concentración del capital y se convirtieron, desde fines del siglo XIX, en un elemento fundamental de la economía.

NEOKANTISMO. Corriente filosófica de gran desarrollo a fines del siglo XIX y comienzos del XX. De fuerte componente *eticista*, influyó mucho en corrientes del socialismo como el Revisionismo de Bernstein o el austro-marxismo.

NEOLIBERALISMO. Teoría económica en boga desde los años 70-80 del pasado siglo, que ha sustituido en los medios académicos la hegemonía del keynesianismo, y que defiende un individualismo extremo y la aplicación de la lógica del mercado en sentido riguroso, eliminando el Estado del bienestar. Desde las experiencias de gobierno de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, ha ido expandiendo su influencia no sólo entre los sectores conservadores sino también socialdemócratas, constituyendo el núcleo de la política económica aplicada en la actualidad.

POLICENTRISMO. Tendencia a la diversificación y la independencia de las experiencias socialistas nacionales, tras la muerte de Stalin y con la desestalinización.

POPULISTAS O NARODNIKI. Movimiento revolucionario ruso desarrollado desde las últimas décadas del siglo XIX. Otorgaba un papel muy importante al campesinado en la futura revolución y desarrolló en su seno una clara propensión al uso de la violencia individual. Marx lo vio con enorme interés y mantuvo correspondencia con alguno de sus miembros. Fue criticado por Lenin por sus visiones del presente y el futuro ruso.

POSITIVISMO Y EVOLUCIONISMO. Rasgos característicos del marxismo de la Segunda Internacional. El *positivismo* se relaciona con la tendencia a considerar el Marxismo como una ciencia y con una cierta visión estática del mismo. El *evolucionismo* (darwinismo), presente por ejemplo en Kautsky o Plejanov, tiende a concebir los procesos históricos de manera mecánica y determinista.

PRAXIS. Concepto central en el marxismo, que designa la acción humana transformadora del mundo. Teoría y praxis constituirían los dos elementos, conjugados, de la acción revolucionaria.

REVISIONISMO. Corriente del socialismo de fines del siglo XIX y principios del XX, representada entre otros por Eduard Bernstein (1850-1932), que consideraba que las bases esenciales del marxismo estaban superadas. Defendía una política reformista próxima al liberalismo avanzado y representaba el ala derecha de la socialdemocracia.

RICARDO, DAVID (1772-1823). Banquero y economista liberal que influyó en Marx, quien, sin embargo, sometió a crítica sus concepciones generales. Autor de *Principios de Economía política y tributación* (1817).

SISTEMAS POLÍTICOS DEMOCRÁTICOS. Históricamente, suelen denominarse así los basados en el sufragio universal, para diferenciarlos de los sistemas *liberales* (basados en el sufragio restringido o *censitario*). A finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, la mayor parte de los sistemas liberales se transforman en *democráticos* en este sentido, implantando el sufragio universal masculino (el femenino vendrá más tarde). Era una conquista del movimiento obrero y popular, muy valorada por Engels, que permitió el desarrollo de partidos de masas y la entrada de socialistas en los parlamentos, pero que la burguesía pronto se esforzó en neutralizar con medidas diversas.

SMITH, ADAM (1723-1790). Escocés, fundador o *padre* de la Economía clásica, autor de la *Riqueza de las Naciones* (1776). Formuló por vez primera la teoría liberal del *mercado* como mecanismo de regulación económica.

SUBDESARROLLO. Los economistas y políticos burgueses o no marxistas

comenzaron a utilizar (desde la década de 1940) el término para caracterizar la situación de países que *aún* no han accedido a las ventajas del desarrollo. Los marxistas consideran que el subdesarrollo no es la etapa previa al desarrollo, sino una situación estructural derivada de la explotación imperialista y la división del mundo en países ricos y pobres (o *centro* y *periferia*)

SUJETO REVOLUCIONARIO. Colectivo o grupo a quien le correspondería el protagonismo fundamental en la transformación social. Marx y Engels lo identificaron básicamente con el proletariado, ya que su emancipación coincidiría *objetivamente* con la de toda la humanidad. Las reflexiones sobre el sujeto revolucionario en la tradición marxista siempre han incluido la búsqueda de alianzas y la ampliación del ámbito de las fuerzas de progreso y cambio social (por ejemplo la creación de *bloques* nacional-populares en Gramsci), etc. En la actualidad, se discute sobre el papel de la clase obrera (que algunos consideran *integrada* en el sistema) y de otros posibles grupos, sectores o movimientos sociales, para la configuración de un nuevo *sujeto revolucionario* amplio y diverso.

TERCER MUNDO. Denominación aplicada, desde la década de 1950, al conjunto de los países surgidos de la descolonización, que en su mayoría se integraron en el llamado Movimiento de los No-Alineados y apoyaron iniciativas a favor del desarrollo y en defensa de un Nuevo Orden Económico Internacional, especialmente en las décadas de 1960-1970.

UTOPIAS. Etimológicamente, utopía significa *no-lugar*. Las utopías son descripciones más o menos fantasiosas de sociedades ideales e igualitarias, como la de Tomás Moro (*Utopía*, 1516) o el *Viaje a Icaria* (1839) de Cabet. Cumplen el papel de censurar los males del presente, contraponiéndolos con un modelo alternativo imaginado.

VOLUNTARISMO. Sobrevaloración del papel de la voluntad humana, a la que se considera suficiente para realizar la transformación social al margen de las condiciones objetivas.

Archivo histórico del PCE

El Archivo histórico del PCE pone a disposición del público los fondos documentales del Partido desde sus orígenes en 1920 hasta la legalización en abril de 1977. Constituye un importante fondo en lo relativo al movimiento obrero y la lucha por las libertades durante el franquismo, albergando también un importante fondo documental sobre la actividad socio-política de los españoles en el Exilio.

Horario

De lunes a viernes de 9:00 a 14:00 horas (el servicio de petición de documentos cerrará media hora antes del cierre).

El acceso a los fondos del archivo es libre.

Para CONSULTAR los FONDOS es preciso RESERVAR DÍA llamando al 913946643 o por correo electrónico.

El Archivo está ubicado en la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla de la Universidad Complutense de Madrid.

Dirección:

C/ Noviciado, 3
28015-MADRID
Tlf: 91 394 66 43
Fax: 91 395 65 99
archivohistorico@pce.es

Acceso:

Metro Línea 3 .
Estación: Noviciado
Bus: Línea 147, Parada:
San Bernardo - Noviciado

Más información:
www.fim.org.es



bibliografia



ALTHUSSER, Louis: *La revolución teórica de Marx*. México, Siglo XXI, 1974, 12ª ed.

ANDERSON, Perry: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid, Siglo XXI, 1976.

BERMUDO ÁVILA, J. M.: *Engels contra Marx (El antiengelsianismo en el marxismo eurooccidental)*. Barcelona, Universidad, 1981.

BOTTOMORE, Tom (dir.): *Diccionario del pensamiento marxista*. Madrid, Tecnos, 1984.

BUENO, Gustavo: “Sobre el significado de los *Grundrisse* en la interpretación del marxismo”, en *Sistema*, Madrid, nº 2, 1973, pp. 15-39.

BUENO, Gustavo: “Perestroika, Revolución de Octubre y marxismo”, en *Ábaco*, Oviedo, nº 9, 1990, pp. 61-72.

CASANOVA, Eudaldo: *Lo que queda del marxismo*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007.

DROZ, Jacques (dir.): *Historia General del Socialismo*. Barcelona, Destino, 1976, 4 t.

EAGLETON, Terry: *Por qué Marx tenía razón*. Barcelona, Península, 2011.

ELEY, Geof: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa*. Barcelona, Crítica, 2003

ELSTER, Jon: *Una introducción a Karl Marx*. Madrid, Siglo XXI, 1991.

FERNÁNDEZ BUEY, Francisco: *Marx (sin ismos)*. Barcelona, El Viejo Topo, 1998.

FETSCHER, Iring: *El marxismo, su historia en documentos*. Madrid, Zyx, 1973, 3 t.

GOULDNER, Alvin W.: *Los dos marxismos. Contradicciones y anomalías en el desarrollo de la teoría*. Madrid, Alianza, 1983.

HOBSBAWM, Eric J.: *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo, 1840-2011*. Barcelona, Crítica, 2011.

HOBSBAWM, Eric. J. y otros: *Historia del marxismo*. Barcelona, Bruguera, 1979-1983, 8 t.

KOLAKOWSKI, Leszek: *Las principales corrientes del marxismo*. Madrid, Alianza, 1980-1983, 3 t.

LICHTHEIM, George: *El marxismo. Un estudio histórico y crítico*. Barcelona, Anagrama, 1971.

Mc LELLAN, David: *Karl Marx: su vida y sus ideas*. Barcelona, Crítica, 1977.

REISS, Edward (2000): *Una guía para entender a Marx*. Madrid, Siglo XXI.

REYES, Román (ed.): *Cien años después de Marx. Ciencia y marxismo*. Madrid, Akal, 1986.

SACRISTÁN, Manuel: *Sobre Marx y el marxismo. Panfletos y materiales I*. Barcelona, Icaria, 1983.

VARIOS AUTORES: *Repensar a Marx*. Madrid, Revolución, 1988.

WALLERSTEIN, Immanuel: "Marx y la historia: buenas y malas pistas", en *Sistema*, Madrid, nº 54-55, 1983, pp. 17-24.

índice

- 5 / Los orígenes del socialismo y comunismo modernos.
- 8 / Teoría y práctica en el marxismo.
- 9 / El marxismo, una teoría revolucionaria en permanente cambio.
- 14 / Unidad y diversidad de la obra de Marx.
- 18 / Marx y Engels ¿coincidencias o discrepancias?
- 20 / Las fuentes o partes integrantes del marxismo.
- 23 / La Segunda Internacional y el nacimiento del marxismo.
- 31 / El marxismo de la época de la Tercera Internacional
- 33 / Ortodoxia y revisiones. Marxismo y leninismo
- 41/ Los cambios en el capitalismo tras la Segunda Guerra mundial y la difusión del marxismo.
- 42 / Crisis del socialismo real, globalización y evolución reciente. La vigencia del marxismo.
- 47 / Glosario
- 45 / Bibliografía



Los editores le quedarán muy agradecidos si nos comunica n la opinión sobre el material contenido en este cuaderno, así como su presentación e impresión. Les agradeceríamos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra Dirección:

Partido Comunista de España
C/ Olimpo 35, 28043,
Madrid, España

F I M



Fundación de
Investigaciones
Marxistas